

24 de enero de 2024 - Miercoles. semana 3 del Tiempo Ordinario

[2 Sam 7, 4-17; Mc 4, 1-20](#)

Homilía

La agricultura y la jardinería pueden ser una buena escuela de paciencia, confianza y abandono. Una vez que hemos puesto la semilla en la tierra y la hemos regado, sólo nos queda esperar con paciencia. Durante algún tiempo, no hay forma de saber con seguridad si la semilla crecerá o no. Podemos actuar de diversas maneras sobre las condiciones que pueden favorecer el crecimiento. Pero no podemos influir en el proceso de crecimiento en sí.

Los profetas de Israel, así como el propio Jesús, procedían de un pueblo compuesto en su mayoría por agricultores y pescadores. Esto explica por qué a menudo utilizan imágenes y parábolas sobre la vida y el crecimiento cuando hablan del Reino de Dios.

Algo que llama la atención en el Evangelio de hoy es que no tenemos sólo una parábola, sino al mismo tiempo una parábola y su interpretación. Esto es muy inusual, tanto más cuanto que el uso clásico de una parábola implicaba una técnica según la cual el rabino o el maestro llevaba poco a poco a sus oyentes a extraer ellos mismos la lección de la parábola. Por eso, la mayoría de los exegetas y comentaristas piensan que la segunda parte de nuestro Evangelio, es decir, la interpretación, no procede del propio Jesús, sino que es la interpretación de la Iglesia primitiva.

En el Evangelio de Mateo, donde también encontramos esta parábola, sigue inmediatamente a la narración en la que la familia de Jesús quiere apoderarse de él y llevarlo de vuelta a casa, porque piensan que ha perdido la cabeza. Esta parábola es, en realidad, una reflexión de Jesús sobre su ministerio. Su Palabra -la Palabra de Dios- se recibe de diversas maneras. En algunas personas, encuentra un corazón de piedra y no crece en absoluto; en otras, crece con dificultad, pero crece igualmente. Cuando haya alcanzado su pleno crecimiento, será el Fin. Globalmente es un mensaje de esperanza.

Cuando esa parábola se contó en la Iglesia primitiva, se añadió una interpretación que se atribuyó a Jesús. Y, sorprendentemente, se cambió el acento: de la semilla a la tierra que la recibe. Toda la atención y toda la preocupación de Jesús se centraron en la semilla misma: la Palabra de Dios o el Reino de Dios. Para los primeros cristianos, la preocupación se convierte gradualmente en la de un terreno lo suficientemente bueno para recibir la semilla.

Esta preocupación es, evidentemente, legítima y puede encontrar algún fundamento en la propia parábola tal como fue narrada por Jesús. Pero este cambio de acento muestra también nuestra tendencia humana a preocuparnos más por nosotros mismos y por la forma en que recibimos la Palabra que por la Palabra misma. Jesús estaba preocupado por la Palabra. Y su mensaje es precisamente que, a pesar de nuestra dureza de corazón y nuestra falta de cooperación, la Semilla del Reino crecerá en toda su extensión.

La razón de ese cambio de preocupación es probablemente nuestro miedo al sufrimiento. Encontramos fácilmente todo tipo de buenas razones y pretextos para protegernos de la dolorosa realidad del crecimiento y refugiarnos en la actividad más segura que consiste en preparar el terreno. Nos sentimos seguros cuando estamos ocupados arando la tierra, arrancando las malas hierbas, removiendo la tierra de diversas maneras. Estamos "haciendo" algo, nos sentimos bien por ello y esperamos una recompensa por ello. Todo esto es necesario y bueno. Pero el Evangelio nos recuerda otra dimensión: la necesidad de esperar con paciencia cuando la semilla tarda en crecer, la necesidad de hacer la experiencia de la muerte de la semilla sin estar seguros de si realmente crecerá y en qué medida. No controlamos el crecimiento. Y eso es doloroso.

Sin dejar de ser conscientes de nuestra necesidad de prácticas ascéticas, de nuestra necesidad de limpiar el jardín de nuestro corazón y de regar las plantas, no olvidemos volver a lo que era más importante para Jesús: la Palabra de Dios, la Semilla colocada por el Padre en el corazón de la humanidad. Y esperemos con fe su crecimiento en cada uno de nosotros y en toda la humanidad. Aceptemos también pasar por el sufrimiento que es parte natural de tal nacimiento y tal crecimiento.

Celebramos hoy la fiesta de san Francisco de Sales.

Armand Veilleux